

Rosemary Macarena Briones Campos.

17 años

4° Medio “A”

Instituto San Sebastián.

Castellón N° 521. Yumbel.

VIII región.

73693730

rose.makita@gmail.com

AQUELLOS VISIONARIOS OJOS AZULES

Al mirar por la ventana, sólo puede observar un pequeño pueblo perdido en esta larga y angosta faja de tierra, en donde muy pocos conocen la verdadera historia de aquellos héroes anónimos, pero en el cual todos caminan tranquilos por sus calles, pues saben que funcionarios de carabineros velarán a diario por su seguridad.

Al levantar nuevamente la vista de la interminable acumulación de papeles, fija su mirada en una pequeña mariposa azul que algún día fuera una opaca y repugnante larva, mientras ella se ha pasado la noche en vela poniendo al día el trabajo pendiente. Con una leve sonrisa se sirve una taza de café, pensando en el largo camino que hubo de recorrer para llegar a ser lo que hoy es. Mientras para algunos su trabajo es más bien un suplicio, para otros, es fruto del esfuerzo y la constancia demostrando así que la vida siempre da oportunidades para aquellos que quieren aprovecharla.

Se acerca, luego, a su escritorio y suspira profundamente al ver aquella fotografía que representa el fin de una vida de frustración y desesperanza para iniciar otra plena de desafíos y sacrificios...

Con una mirada triste y desafiante, esa joven de apenas 17 años se dirige hacia su colegio, ese que tan sólo con 8 salas, un comedor bastante pequeño y un patio aún más reducido, entrega a sus alumnos la ilusión de un futuro promisorio, pero que para ella, que no tiene aspiraciones en la vida, representa una cárcel, la cual la priva de esa libertad que anhela para realizar lo que le plazca, en donde ni psicólogos, ni profesores puedan invadir su mundo. Esa mañana decide no ir al colegio y desbordar sus energías bebiendo cerveza barata por horas con esos “amigos” oportunistas que atrapan a los más vulnerables como aves de rapiña apoderándose de sus vidas.

El Sargento Manuel González toma su gorra de servicio y se prepara para iniciar un nuevo día, mientras su esposa, en un arrebato de perfeccionismo, le arregla la corbata y le da un beso de despedida, porque en el fondo sabe que esa profesión tan amada por él, la pueda privar algún día de su compañía. Luego de ese instante de reflexión, se abrazan y acuerdan asistir a la cena en la que el Sargento celebraría 18 años de servicio en la Institución. Cierra la puerta con parsimonia, como intuyendo que aquel día le depararía algo inusitado, y se aleja con el anhelo de servir un día más a ese pueblo que lo viera crecer y transformarse en un hombre de bien.

Ya entrada la noche, la joven baila desenfrenadamente con sus compañeros de fiesta. El alboroto que provocaban era tal, que unos vecinos deciden denunciarlos a Carabineros para que éstos intervengan. Al colgar el teléfono, el Sargento González acude inmediatamente al lugar, en compañía de su colega, quien por su juventud no ha visto cómo las drogas y el alcohol pueden acabar con jóvenes ilusos en un segundo.

Al llegar se dan cuenta que los adolescentes habían formado un gran alboroto en las afueras de una iglesia. Al acercarse los inunda un sentimiento de

congoja, pues ven a una joven de alrededor de 16 años, tez morena, cabello negro, tambaleándose, pues está tan ebria que no se percató que está siendo violentada por sus compañeros de juerga, quienes además de mostrarse en evidente estado de ebriedad, también están drogados. El Sargento al realizar las pruebas de rigor, constata que los muchachos han consumido cocaína y, preocupado por la salud de aquéllos, decide actuar de inmediato.

Después de un breve forcejeo, finalmente logra subir a dos de los jóvenes y a la muchacha a la patrulla, mientras tres de ellos sufren una intoxicación, por lo que son derivados al hospital del pueblo.

Ese hilo que separa a la conciencia de la inconsciencia, sumerge a los jóvenes en un mundo en el cual es imposible penetrar... el tiempo en este caso es el amo y señor. La muchacha va profundamente dormida, en tanto, el Sargento la observa por el espejo retrovisor, advirtiéndole en ella un dejo de dulzura y candidez. Al llegar, la joven avanza desorientada hacia una celda y nuevamente se queda dormida. El Sargento esboza una leve sonrisa, pues sabe que al despertar lo hará con una terrible resaca.

Luego de una noche ajetreada, el Sargento decide visitar a esa joven que lo ha mantenido intranquilo, porque en sus ojos puede vislumbrar que esa chiquilla no desea esa vida de excesos, pero que tampoco sabe cómo salir de ella. La ve dormida aún y le inspira una ternura desbordante, pues la compara con un cachorro sin hogar. Desconoce que esa descripción calza justo con lo que Jazmín es.

Y repentinamente viene a su sueño la visión de su madre ahorcanda al que fuera su progenitor tras haber recibido de éste tantos golpes como le fuera posible dar... sin saber por qué, despierta sin el sentimiento que la

acompañara por años, ese miedo paralizante que siempre la inundaba de la más profunda amargura. Por el contrario, ese momento en esa fría cárcel le brindó seguridad y en el instante mismo en que abrió sus ojos, éstos se cruzaron con la mirada de otros que la observaban con curiosidad... esos ojos, esos azules ojos que horas antes la hubieran salvado del acoso de jóvenes drogadictos; esos, que serían más que su salvación...

Su primera reacción fue golpearlo, pero casi enseguida se da cuenta del uniforme que llevaba el Sargento y desiste de esa acción, pues ya sobria se imagina las dificultades que le traería el golpear a una autoridad, eso quedaba relegado a los pasillos de un colegio a escondidas de sus profesores o a la salida de algún pub donde se cruzara alguien más débil que ella o que no fuera de su agrado.

Aunque Manuel ve en sus ojos claramente sus intenciones, éste se queda estupefacto como si una fuerza interior le develara lo que iba a acontecer. El Sargento decide iniciar las preguntas de rigor, es así como descubre que la joven se llama Jazmín y es huérfana, ambos padres perdieron la vida después de una pelea doméstica en la que ninguno de sus vecinos intervino por cobardía. Jazmín se sorprende por lo fácil que ha resultado revelar toda esa información a un extraño y así, sin darse cuenta, la muchacha y el Sargento pasan horas conversando. Al llegar el momento de liberarla ambos se abrazan y Manuel ofrece su apoyo para sacarla de las drogas.

Al pasar el tiempo, el Sargento se siente un tanto intranquilo, pues Jazmín no ha acudido a conversar con él desde ya hacía algunas semanas y absorto en esos pensamientos, se da cuenta que a sus cuarenta años tiene el anhelo de ser padre, algo que por amor a su esposa estéril había abandonado. Con esa idea rondando en su cabeza, el Sargento responde el teléfono que casi enseguida

deja caer sobre la mesa; se levanta apresuradamente y se dirige al hospital, pues aquella joven que ya se había instalado en su corazón había sufrido un grave accidente al ser atropellada por unos inescrupulosos que escapaban tras haber robado un banco.

Al llegar al hospital no se sorprende al no encontrar a ningún familiar ni menos espera cruzarse con sus “amigos”, pues sabe que los amigos de verdad están también en los momentos de pesar. Jazmín estaba sola en el mundo y es en ese instante en el que se da cuenta que él y su esposa podrían ser esa familia que le brindaría amor y protección, así como ella se transformaría en una hija en la cual depositarían todo ese cariño de padres que aún no habían entregado.

Al despertarse, Jazmín se encuentra nuevamente con esos ojos azules que tanta seguridad le infunden. El Sargento le sonríe con cariño y compasión, pero ella no logra entender qué hace él ahí. A los pocos segundos la muchacha aclara su mente y recuerda detalles de ese accidente que la dejó con algunas costillas rotas.

Todos los días, a partir del accidente, el Sargento visitó a Jazmín en compañía de su esposa, quien al ver a la chica tan desvalida, le provocó un llanto tan amargo que parecía ser el acumulado durante tantos años de no poder ser madre.

La joven al principio no entendía cómo personas que nada tenían que ver con ella, le brindaran tanto amor. Con el paso del tiempo Jazmín encuentra en estas dos personas un refugio donde acudir, pero por sobre todo un hogar que compartir.

Al ser Jazmín una joven rebelde, por todas las circunstancias que le tocó vivir, se enfadó porque no quería provocar lástima en ellos; sin embargo, esta familia le ofrecía todos esos valores que siempre buscó. Eso la confortó.

La recuperación de Jazmín fue rápida, ni siquiera se percató de que ya estaba viviendo en casa del Sargento. Al principio le costó adaptarse pero fue tan grande el cariño que ambos le dieron, que quiso rehabilitarse y ser el orgullo de aquellos, sus nuevos padres.

Aquella mañana el café nunca le había sabido tan bien y mientras se disponía a reanudar ese trabajo acumulado, sintió una mano cálida en su hombro. Al voltear, una vez más se cruzó con esos ojos azules que ya cansados no la veían con curiosidad, sino con el orgullo de todo lo que ella había conseguido, pese a haber sido una joven drogadicta y ser ahora quien continuaría la tan noble labor de su padre, resguardar el orden y la seguridad de la gente de su pueblo, al verse convertida en una funcionaria de tan digna Institución como lo es Carabineros de Chile.